opusdei.org

Meditaciones: 4 de enero

Reflexión para meditar el 4 de enero. Los temas propuestos son: somos verdaderamente hijos de Dios; la experiencia del encuentro con Jesús; oración de agradecimiento y petición.

– Somos verdaderamente hijos de Dios

– La experiencia del encuentro con Jesús

– Oración de agradecimiento y petición

EN LA LITURGIA de la Palabra leemos, durante estos primeros días del nuevo año, la primera carta del apóstol Juan, escrita en Éfeso a la vuelta de su destierro en Patmos. El tema central de la carta, sobre el que san Juan vuelve una y otra vez, es la comunión del cristiano con Dios, que se da a través de la fe en Jesucristo y la caridad fraterna.

«Dios es amor», dice varias veces el apóstol a lo largo de la carta. También señala que Dios es fuente de todo lo que existe y que el cristiano es constituido hijo de Dios por el amor. Somos sus hijos realmente y no en sentido figurado o poético (cfr. 1Jn 3,1). Y a raíz de esta filiación, podemos ser llamados propiamente *nacidos de Dios*. Así lo leemos hoy en la primera lectura: «Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado, porque su germen permanece en él, y no puede pecar, porque ha nacido

de Dios. En esto se reconocen los hijos de Dios» (1Jn 3,9-10).

«Nos sabemos hijos de Dios, hijos muy queridos de Dios», decía san Josemaría en la Nochebuena de 1967. «Esta noche el Señor, por su Madre, nos mandará tantas gracias nuevas: para que aumentemos en el amor y en la filiación divina (…). Mirad, hijos míos, mirad qué agradecimiento debemos rendir a ese Hermano nuestro, que nos hizo hijos del Padre. ¿Habéis visto a esos hermanitos vuestros, a esas pequeñas criaturas, hijas de vuestros parientes, que necesitan de todo y de todos? Así es el Niño Jesús. Es bueno considerarle así, inerme. Siendo el todopoderoso, siendo Dios, se ha hecho Niño desvalido, desamparado, necesitado de nuestro amor. Pero en aquella fría soledad, con su Madre y San José, lo que Jesús quiere, lo que le dará calor, es nuestro corazón. Por lo tanto ¡arranca del corazón todo lo que

estorbe! Tú y yo, hijo mío, vamos a ver todo aquello que estorba en nuestro corazón… ¡Fuera! Pero de verdad. Lo repite San Juan en el capítulo primero: *Quotquot autem receperunt eum dedit eis potestatem filios Dei fieri* (Jn 1,12). Nos ha dado la potestad de ser hijos de Dios. Ha querido Dios que seamos hijos suyos»[1].

DOS PESCADORES de Cafarnaún, Juan y Andrés, seguían a Juan Bautista, al que consideraban un gran profeta. Un día pasó Jesús a su lado y el Bautista afirmó: «Este es el Cordero de Dios» (Jn 1,36). Sus discípulos, «al oírle hablar así, siguieron a Jesús» (Jn 1,37). A partir de ese encuentro, nada volverá a ser como antes. «Llenos de curiosidad, decidieron seguirle a distancia, casi tímidos y sin saber qué hacer, hasta

que Él mismo, volviéndose, preguntó: “¿Qué buscáis?”, suscitando aquel diálogo que dio inicio a la aventura»[2]. Juan y Andrés siguieron a Jesús, le hicieron preguntas, «vieron dónde vivía y se quedaron con Él» (Jn 1,39): aquel día se convirtieron en apóstoles para siempre.

«Es Jesús quien toma la iniciativa. Cuando Él está en medio, la pregunta siempre se da la vuelta: de interrogantes se pasa a ser interrogados, de “buscadores” nos descubrimos “encontrados”; es Él, de hecho, quien desde siempre nos ha amado primero (cfr. 1Jn 4,10). Ésta es la dimensión fundamental del encuentro: no hay que tratar con algo, sino con Alguien, con “el que Vive”. Los cristianos no son discípulos de un sistema filosófico: son los hombres y las mujeres que han hecho, en la fe, la experiencia

del encuentro con Cristo (cfr. 1Jn 1,1-4)»[3].

Los dos amigos, Juan y Andrés, no sabían con claridad quién era realmente Jesús. Necesitarán tiempo –años de convivencia y de escucha– para comprender el misterio del Hijo de Dios. Sin miedo, también nosotros atravesamos el umbral de su casa para hablar con el Maestro cara a cara, para escuchar y meditar su Palabra, para abrir nuestro corazón como se hace con un amigo. En el silencio de la oración aprendemos a conocer al Señor. La misma pregunta de los discípulos, insistente y audaz –«Maestro, ¿dónde vives?»– surge también en nuestra alma. «Aprended a escuchar de nuevo, en el silencio de la oración, la respuesta de Jesús: “Venid y veréis”»[4].

«HAGAMOS, por tanto, una oración de hijos y una oración continua –alentaba san Josemaría durante una Navidad–. “*Oro coram te, hodie, nocte et die*” (Ne 1,6); oro delante de ti noche y día. ¿No me lo habéis oído decir tantas veces: que somos contemplativos, de noche y de día, incluso durmiendo; que el sueño forma parte de la oración? Lo dijo el Señor: “*Oportet semper orare, et non deficere*” (Lc 18,1). Hemos de orar siempre, siempre. Hemos de sentir la necesidad de acudir a Dios, después de cada éxito y de cada fracaso en la vida interior. Especialmente en estos casos, volvamos con humildad, a decir al Señor: ¡a pesar de todo, soy hijo tuyo! Hagamos el papel del hijo pródigo. Como dice en otra parte la Escritura: orando siempre, no con largas oraciones vocales (cfr. Mt 6,7), sino con oración mental sin ruido de palabras, sin gesto externo. ¿Dónde oramos? “*In angulis platearum…*” (Mt 6,5). Cuando andamos por medio de

las calles y de las plazas, debemos estar orando constantemente»[5].

Aquel día, san Josemaría sugería elevar acciones de gracias por la Navidad y alentaba a quienes le escuchaban a soñar en la oración, a pensar en grande, a pedir que se hiciera la voluntad de Dios en tantas almas. «¿Y cómo vamos a orar? Orar con acción de gracias. Demos gracias a Dios Padre, demos gracias a Jesús, que se hizo niño por nuestros pecados; que se abandonó, sufriendo en Belén y en la Cruz con los brazos abiertos, extendidos, con gesto de Sacerdote Eterno (...). Y también la petición. ¿Qué hemos de pedir? ¿Qué pide un niño a su padre? Papá..., ¡la luna!: cosas absurdas. Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá (Mt 7,7). ¿Qué no podemos pedir a Dios? A nuestros padres les hemos pedido todo. Pedid la luna y os la dará; pedidle sin miedo todo lo que queráis. Él siempre os lo dará, de una

manera o de otra. Pedid con confianza»[6].

En la casa donde vive Jesús encontramos también la presencia dulce de María. A ella le pedimos que sepamos vivir como hijos *nacidos de Dios* e ir al encuentro de Jesús para habitar en su casa.

---

[1] San Josemaría, *En diálogo con el Señor*, meditación “Rezar sin interrupción, 1a-2b.

[2] San Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud (París, 1997), 15-VIII-1996.

[3] Ibíd.

[4] Ibíd.

[5] San Josemaría, *En diálogo con el Señor*, meditación “Rezar sin interrupción”, 2c-2d.

[6] Ibíd., 3b-3c.

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-pr/meditation/meditaciones-4-enero/ (12/12/2025)